

1. - Lo Clásico

Normalmente se entiende como el estudio de la Historia Antigua, el estudio del mundo clásico greco-romano. Terminología ambigua si se considera a las culturas del oriente, lo que habla del relativismo de la nomenclatura histórica. Entonces: ¿por qué nos vamos a referir únicamente a lo que llamamos el mundo clásico? Ese mundo llamado clásico, está más próximo a nosotros. Cuando se estudia la Historia uno se esfuerza por encontrar relaciones que demuestren que hay unidad, líneas que se conecten, que establezcan cierta unidad con el acontecer, y eso, en el mundo clásico, surge espontáneamente, de alguna manera la relación es más clara. Esto no niega la relación con las llamadas civilizaciones antiguas; donde hay historia, hay posibilidad de relación, pero es obvio que ella está más oculta en las primeras civilizaciones.

El mundo clásico está más cerca nuestro, por lengua, por lógica, pero sobre todo, por una forma de pensar que es su legado directo. Volver por lo tanto al mundo greco-latino, es en cierta manera, penetrar en nuestro mundo.

Si suponemos que hay un ser, este ser se expresa a través de ciertos modos. Hay modos de expresión a veces personales y también constantes, que son del ser en sí. Del mundo clásico nos quedan cosas, restos arquitectónicos, esculturas, etc. Cuando éstos proceden de los modos del ser y apuntan a éste, han asegurado su permanencia, entran en el ámbito de lo clásico.

Una obra clásica tiene tras de sí a un creador, que se comunica a la obra de una manera más intensa, pone parte de su ser. Al estudiar la Historia, nos esforzamos por ver cuanto

* Lección Inaugural de las *IV Jornadas de Estudios de Historia Clásica y V Coloquio de Estudios Medievales* efectuados el 30-31 de Mayo y 1 de Junio del 2001 organizados por el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Bio-Bio-Chillán

** Profesor de Historia Antigua, Director del Instituto de Historia de la Universidad Católica de Valparaíso.

de ese ser está en las cosas. Hay cosas marcadas por la presencia del ser, lo que nos permite entrar en contacto con el hombre del pasado clásico. Es por eso que lo clásico entonces, no es privativo de la cultura greco-latina. Así entonces, lo clásico no es atributo de una alta cultura, en el fondo, es todo aquello que transparenta, que emana del ser y que se ha podido manifestar a través de un proceso de erudición entendido como el medio cultural. Los modos del ser, son los que demuestran que al incorporarse a las "cosas", las transforman en mundo cultural. Las "cosas" al recibirlo se vivifican y de un pedazo de mármol surge por ejemplo una escultura, le comunica algo.

¿Qué diferencia hay entonces con un invento de tipo técnico? El inventor también le comunica algo ¿por qué a esto que responde al mismo esquema de la situación anterior no se le puede llamar clásico? Lo que ocurre es que los inventos tienen otro tiempo que las obras de arte; progresan, pierden o ganan vigencia, tienen un momento en el que son válidos, generalmente los inventos son actuales. En cambio, en una obra de arte esto no sucede, por ejemplo: el Partenón no progresa. La obra de arte tiene un tiempo distinto, permanece a través del tiempo, está siempre latente. Los inventos tienen un tiempo de vigencia, un mayor o menor tiempo, en definitiva un tiempo actual. La obra de arte está más allá, tiene una vigencia intemporal. La persona encuentra lo que el creador puso en su obra y que garantiza su existencia, dándose la comunicación entre la realidad del pasado y la realidad del presente. A la obra clásica no cabe hacerle un agregado, el hombre lleva lo que la naturaleza entrega a un plano de la cultura. La obra clásica tiene un arraigo en el tiempo. Lo clásico no es solo un lenguaje que esté directamente ligado a la inteligencia de un texto; también nos comunicamos con el pasado a través de la plástica y otras manifestaciones creativas. Lo clásico no habla exclusivamente a la inteligencia, sino también a la sensibilidad. El creador que firma su obra no es solamente racional, aquí se está considerando la plenitud del hombre.

El clasicismo por eso tiene una marcada equivalencia con el humanismo. Estudiar Historia es estudiar al hombre según el orden del tiempo, concediéndole al tiempo todo su significado, dándole su contenido al "antes" al "durante", al "después"; es en él después de la obra que entra a darse el valor decisivo del tiempo. Estudiamos la Historia de los valores trascendentales, vale decir, aquello que el tiempo no ha devorado.

¿Por qué el contacto que se establece con este pasado es difícil? Entendiendo un contacto como una forma de comunicación que habla con nuestro ser. A veces esa comunicación con el pasado puede ser muy real; es necesario tal vez que el hombre haya pasado por situaciones muy difíciles para sensibilizarse, para que se haga latente su comunicación con el pasado.

Cuando el creador se compromete con la obra, es posible tener una comunicación real. En el fondo, entonces, la historia supone un encuentro con el hombre. El tiempo histórico no es el cronológico, es la suma de las experiencias que hacen de ese tiempo un tiempo particular. El hombre va enriqueciendo su ser, se va perfeccionando. La primera complejidad de la historia es la complejidad del hombre. El hombre no puede hacer vibrar constantemente las fibras de su ser, no puede estar siempre en tensión.

2. - Las Humanidades

Es necesario dar a las humanidades el lugar que deben tener, en momentos como el presente que parece ser adverso al humanismo.

La Universidad debe ser una verdadera Casa de Estudios, para lo cual es nuestra tarea infundirle el hábito de la ciencia. Convertirla en un ámbito científico y formativo. Ponerla al servicio de los más altos valores del espíritu. Hacer de ella un centro de convivencia donde reine la pluralidad de ideas bajo un clima de real libertad académica. Recoger de los estudiantes su mensaje de juventud, orientar en beneficio de la comunidad; poseer la capacidad de entusiasmar, de entregar un fervor y un idealismo a los educandos. Preparar exigentemente a los estudiantes que después formarán la planta de educadores y profesionales que el país necesita, y sobre todo, formarlos como hombres. Todo esto, partiendo de la base que las Pedagogías son carreras tan dignas como otras. Hacer la Universidad es, por lo tanto, no dar comienzo a una cosa inédita, sino intentar que algo que no siempre funciona plenamente de acuerdo con su verdadera finalidad, se encamine hacia sus objetivos, infundiéndole vida y espíritu. Este debería ser siempre nuestro principal objetivo.

La vida académica entendida entonces como comunidad de estudio, de aprendizaje e investigación, no puede ser concebida sino en un ambiente de plena libertad, de autonomía, de entusiasta participación, en un proceso de creación, de descubrimiento, de entrega a la verdad. El hombre requiere de un tiempo para sí mismo, que desde los griegos se llama ocio. La posibilidad de que el hombre se contemple, que vea cual ha sido el sentido de su vida, y el significado de lo que está haciendo; si esto no le es posible, está consumiendo su propia vida. No tenemos un verdadero humanismo si no se tienen esos momentos de vida interior. Las Universidades hoy en día están experimentando la tentación de inclinarse por un mundo practicista en el cual surgirá inevitablemente un escaso interés por la programación de estudios especulativos o teóricos de orden superior.

La primera y más importante experiencia histórica sobre el Humanismo es la que tuvieron los griegos. Porque allí humanismo, aún en una dimensión trascendental, intuitiva al menos, luego develada en su diaphanidad total, atisbada, como una primera aproximación, se dieron cuenta que el hombre tenía en sí semillas de eternidad. En el caso de los griegos, donde se tenía tal adhesión a la sentencia délfica "El hombre es la medida de todo", se creó una cultura, un mundo en que el hombre parecía que se expandía y alcanzaba una plenitud, que muchas veces a nosotros nos resulta de tal fuerza ejemplar que, aun volviéndonos hacia ello con todo entusiasmo y todo nuestro esfuerzo, parecería que no estamos aún en condiciones de equipararnos, de identificarnos, con lo que es esa plenitud corporal, y espiritual, a la que alcanzó el griego. Esta cultura con razón llamada antropocéntrica, en que el hombre es el centro de todas las grandes creaciones, es capaz de proponer, y hacer realidad, lo que podemos llamar la medida humana en todas las creaciones. Ahí está la grandeza de este mundo griego, en el que todas las creaciones están dependiendo, en una relación íntima con lo que es esa medida humana. Muchas son las expresiones de estas en el arte y la literatura. La tragedia ática presenta las grandes agonías del hombre; agonías, porque los hombres pasan a ser los protagonistas en aquellas aventuras que tienden a mostrar al hombre en momentos de tensiones dramáticas, para que pueda resolver esa situación, y así en la visión de la antigüedad pagana, salga redimido, salga fortificado, salga capacitado para enfrentar nuevas

adversidades. Ese es el sentido pedagógico de la tragedia, pues se trata de fortalecer una cultura en que el humanismo, no sólo esté en el germen que la hace crecer, sino también en aquello que le da sentido definitivo a la existencia de los hombres.

La polis como un ámbito formativo, dio vigencia a una de las más admirables intuiciones del genio cultural de Grecia, como la que permitió a los filósofos de la época clásica establecer la frontera decisiva entre los conceptos de “ociosidad” -vicio vulgar de los seres incapaces de entender que la vida es creación y anhelo de perfección- y el “ocio fecundo”, aptitud vivificadora de la mente que lleva a los individuos superiores a recogerse en el silencio y en la intimidad, sin los que sería imposible tener acceso a la verdad, a la belleza, al bien. Debemos, por lo tanto recordar una vez más, el conocido concepto de *skolé*, voz griega de la que se deriva “escuela”. *Skolé* significaba originariamente ocio, serenidad de alma, paz interior. Lo que vale tanto como decir que la escuela, etimológicamente, es el lugar en que se cultiva el ocio creativo, el ocio contemplativo. Los helenos fueron un pueblo de contempladores, y para ellos, solo en el silencio y en el recogimiento del espíritu, podían los seres humanos, realizar una auténtica obra de creación y cultura.

La Universidad debe ser por lo tanto un ámbito que requiere de calma, algo así como la antigua *skolé* de los griegos, al tiempo actual; esto es, el reconocimiento de que sigue siendo una primordial necesidad del hombre la de preservar para el espíritu un espacio destinado a la reflexión, especialmente en las circunstancias actuales, en que el vértigo apremiante de las ocupaciones del diario vivir, apenas nos deja ya tiempo de pensar.

La Universidad es, ante todo y por sobre todo, una institución de cultura y enseñanza. La más alta institución de este tipo. Para eso ha sido creada y, si no sabe cumplir esa finalidad, de nada sirve, inútil es todo esfuerzo que en ella se emplee; es negarse a sí misma; es definitivamente su desaparición. Cada alumno sigue a la vez varias disciplinas. La relación existente entre las palabras disciplina y discípulo nos lleva a que este último, el que sigue a un maestro y se forma en el ejemplo del trabajo bien hecho y de la inteligencia creativa que aquél es capaz de infundirle, necesita, en sus años de aprendizaje cultivar su espíritu en los hábitos del respeto a la autoridad del que le enseña y en el sentimiento de que el saber es, en gran parte, un saber heredado, una herencia espiritual. No nos olvidemos que la palabra alumno viene del verbo latino *alere*, alimentar. El aprendizaje es una forma de nutrición espiritual que el estudiante recibe de sus lecturas o de la ciencia que el maestro le transmite. Por eso la mente necesita expandirse, asimilando nuevos conocimientos, nuevas experiencias y saberes. En el estudio el alumno adquiere su alimento espiritual. Sin él, el entendimiento carecería de sustento, moriría de inanición. El hombre estaría siendo consumido. La vida interior es lo que hace posible el verdadero humanismo. La ciencia que en la Universidad se elabora es el resultado de una búsqueda continua, movilizadora por un interés único e irrenunciable: el deseo de descubrir la verdad.

Por eso, los que nos dedicamos a las Humanidades, debemos dejar la actitud pasiva que por tanto tiempo nos acompañó, e integrar a nuestro quehacer cotidiano una lucha para que el país comprenda la necesidad espiritual del humanismo, porque de otro modo nuestra sociedad se irá convirtiendo progresivamente en una sociedad en la cual los hombres serán sólo fantasmas, sin alma y sin espíritu.

Hay algunos usos y palabras que los estudiantes deberían mantener siempre vivos mientras estén en estas aulas. La frase que alguna vez consignó Ortega en sus estudios antropológicos, al decir que el hombre es “un animal etimológico”, ilustra de una manera muy viva su doctrina sobre la condición histórica del hombre. Este es según el gran pensador investigador de rastros históricos, un ser necesariamente inclinado a redescubrir a sus propias raíces, las fuentes de donde brota la verdad originaria de todas las cosas. Nos interesamos por conocer el origen de todo aquello que de una u otra manera constituye nuestra personalidad moral, formada por hábitos heredados, creencias y modos propios de reaccionar ante la vida. El lenguaje es uno de esos ingredientes de nuestro patrimonio espiritual. ¿De dónde vienen, que significan, desde su origen, esas palabras que son el instrumento insustituible de nuestra comunicación con los demás?

Creemos por eso, que no es una tarea estéril la de recordar la fuente de donde derivan algunos vocablos que de una u otra forma se vinculan a la esencia de la vida en la Universidad, a la docencia, tanto ayer como en los actuales momentos.

En la tradición universitaria se han ido decantando algunas voces significativas, cuyo sentido preciso será útil tratar de establecer a la hora en que se pretende averiguar cuál es la misión y el valor exacto que debe atribuirse a la institución universitaria, como también, ciertos rasgos, de ahora y de siempre, de la relación del aprendizaje y de la enseñanza. Instruir viene de instruire, construir. La educación es una forma de edificación. Madura el alma y el cuerpo del joven estudiante como crece la obra que construyen, piedra a piedra, los alarifes. No se puede construir sino con arreglo a un plan. La vivienda sólida exige de cimientos firmes. Si es obra de arte la que se confía al constructor, no lo es menos la que con su diaria lección levanta el maestro. Educar: no hay maestro que ignore esa etimología. Ducere, en latín, vale tanto como llevar, transportar, dirigir. De allí derivan conducir, producir, inducir, etc. Igualmente, educar, palabra formada de ex (de) y de ducere. La labor educadora consiste en sacar de dentro del alma las posibilidades que en ella se encierran. Es el método socrático de la mayéutica, es decir, el arte de ayudar a engendrar las ideas, de ahí la definición “Educar es transferir a otro, con abnegado amor, la resolución a desarrollar, de dentro a fuera, toda su capacidad de recibir y forjar valores” (Spranger). Formación: la filosofía alemana del siglo XVIII introdujo esta palabra en el léxico pedagógico, como sinónimo de educar, especialmente por obra de Herder y de Goethe, La personalidad humana ha de ser conformada de un modo equilibrado y armonioso; en ella debe darse una importancia decisiva al buen gusto, a la educación estética, al cultivo de la sensibilidad. Como el artista plasma la obra bella, modelando sus materiales, así procede el educador, contribuyendo a dar forma, a configurar plásticamente el alma del joven (Joseph Gottler). *Pensum*: esta voz se ha hecho muy frecuente en el léxico pedagógico actual. Representa un conjunto de disciplinas o estudios que deben figurar en un determinado programa académico. Su sentido preciso sería el de “dosis” o lote de materias que integran un plan de estudio. Los antiguos entendían por *pensum*, una tarea, una porción de materia que se señalaba para trabajar diariamente. Claustro: del latín *claudere*, cerrar. *Clastrum*, envuelve la idea de un lugar cerrado, de un espacio que se consagra a una finalidad especial y que, por lo mismo, se intenta preservar del bullicio y del desorden exterior. Ahora bien, la idea de claustro ha ido siempre vinculada al desenvolvimiento de las labores académicas; las palabras claustro de

profesores así lo indican. La Universidad como cualquier institución perfilada, ha de ser naturalmente un territorio circunscrito, diferente, específico. La idea de *campus*, parecería implicar, por el contrario, una aspiración de horizontes abiertos, -un ámbito libre, sin muros ni contornos fijos. Ambas nociones, la del *claustrum* y la del *campus*, no son discrepantes, en lugar de excluirse se compenetran y complementan mutuamente. La Universidad actual responde a la universal exigencia de la apertura y la proyección hacia su exterior, tal es la función de la moderna Extensión Universitaria. Pero al mismo tiempo, la Universidad debe concentrarse en sí misma, debe recluirse en la meditación y en la silenciosa elaboración de la ciencia. Sin el *claustrum* no podría haber el *campus*.

3. - La Universidad

La figura del Rey Sabio, Alfonso X de Castilla, expresa de un modo admirable la avidez de saber universal que caracteriza al siglo XIII europeo, que es el siglo de las “*Summas*”, de las catedrales, de las vastas obras jurídicas, teológicas o artísticas nacidas al calor de un ansia enciclopédica de conocimientos, bajo la concepción unitaria de una fe que estaba en el centro de todas las cosas. Historiador, legislador, astrólogo, se articulan en las preocupaciones intelectuales del hijo de Fernando III los tres planos del pasado, el presente y el futuro, hacia los que apunta la curiosidad inagotable del monarca sobre quien ejerció tan decisiva gravitación la idea del Imperio universal, bajo la directa inspiración de las doctrinas jurídicas elaboradas por la Universidad de Bolonia.

Sabido es que su obra legislativa, recogida en las *Partidas*, no consta sólo de normas y de leyes, pues al lado de éstas se consignan consejos y advertencias ordenadas a regular la vida de los súbditos en las más variadas expresiones del vivir público y privado. De este inmenso caudal de sabiduría, reflejada en normas de buen gobierno y en saludables disposiciones sobre las costumbres colectivas, me interesa destacar un capítulo, el que se refiere a las Universidades, pues es asombrosa la permanente vigencia de estos textos venerables, procedentes de un ambiente a la vez cortesano y curialesco, togado y popular, en que fueron escritos- que hacen de faro orientador respecto a los problemas actuales que presenta la vida de las Universidades.

Mil veces se ha reproducido la definición de las *Partidas* sobre lo que es la Universidad: *Ayuntamiento de maestros o de escolares que es fecho en algún lugar con voluntad e entendimiento de aprender los saberes.*

Profesores y estudiantes están unidos en una misma tarea; exige esta radicación en un lugar, instalación en una sede común, concreta localización; la específica finalidad que a todos les reúne no podría ser otra sino la del aprendizaje: he aquí los tres componentes que no pueden faltar en el quehacer para el que la Universidad ha sido convocada. Los universitarios de nuestros días -catedráticos y alumnos- no deberían ignorar estos admirables artículos del código alfonsino en los que se describe el régimen a que debían sujetarse las Universidades o, como todavía entonces se llamaban, los “Estudios Generales”. Estos textos mantuvieron su vigencia y su actualidad a través de la época dorada de la cultura española, y aún hoy su lectura nos impresiona por el valor permanente encerrado en sus preceptos.

¿Cómo concibe el clásico texto las condiciones que deben presentar así el recinto en que se alzaría la Universidad como el ambiente que rodeará las aulas y las moradas de los escolares? Dicen así las *Partidas: De buen ayre, e de fermosas salidas debe ser la villa do quisieran establecer el Estudio, porque los maestros que muestren los saberes, a los escolares que los aprendan vivan en él, e puedan holgar; e recibir placer en la tarde cuando se levantaren cansados del estudio.*

Esta cláusula concede una importancia principalísima a la salud corporal al bienestar de los estudiantes. La fórmula posee un sabor de modernidad que nos hace pensar en las ciudades universitarias de nueva planta que, en uno u otro país, han respondido a la preocupación de dotar al ámbito de las Escuelas de las ventajas que proporciona un emplazamiento apartado del bullicio ciudadano.

Pero también guarda conformidad la idea del Rey Sabio con la concepción moderna de las cátedras universitarias en este otro párrafo: *En logar apartado de la Villa, las unas cerca de las otras... deben estar las Facultades. Porque los escolares que ovieren sabor de aprender ayna (de prisa), puedan tomar dos liciones, o más, si quisieren, e en las cosas que dudaren, puedan preguntar los unos a los otros.*

Para el legislador medieval, el saber es uno, tiene una raíz unitaria, pues todas las ciencias reconocen en la Teología el Saber de los Saberes, como norma suprema de todo humano conocimiento. Nada más ajeno a su espíritu, por lo tanto, que el fragmentarismo y la tecnificación que han hecho en nuestra época de cada disciplina un compartimiento estanco y de cada profesional un especialista, insensible a toda realidad que se proyecte fuera de sus técnicas y métodos de trabajo.

Sigue diciendo el texto: *Otrosí decimos, que los Cibdadanos de aquel logar do fuese fecho el Estudio deben mucho guardar y honrar a los Maestros e a los Escolares, e a todas sus cosas.*

No difiere este criterio del que hemos oído exponer no pocas veces a quienes han estudiado los problemas que presenta la situación actual de las Universidades. Así, Laín Entralgo o Helmut Hatsfeld, cuando se refieren al espíritu que debe presidir las relaciones entre la sociedad y la Universidad; a juicio de dichos autores, la sociedad debe hacerse eco de las preocupaciones de la Universidad, debe interesarse por sus labores, debe acudir al remedio de sus deficiencias. La Universidad no puede ser una isla en medio de la colectividad manteniéndose ajena a los problemas de ésta, ni tampoco la sociedad puede permitirse una actitud de indiferencia o desinterés en lo tocante a la Universidad. Entre una y otra ha de haber una corriente de reciprocidad y solidaridad. La vida de la Universidad ha de desenvolverse con arreglo a las necesidades y aspiraciones colectivas, como asimismo, a la sociedad no le es lícito apartar su mirada de lo que la Universidad es o aspira a ser. Por lo mismo, una sociedad que mire con cariño e interés a su Universidad, habrá de reconocer a catedráticos y alumnos un rango preeminente. Es esto lo que acontece en las naciones que conservan con amor su vieja tradición de cultura, atentas siempre a “guardar e honrar” a quienes ejercen la docencia. Pero, infortunadamente, esto no ocurre sino raras veces en nuestra sociedad, donde no siempre al catedrático universitario, se le rodea de prestigio y respeto, conforme a sus merecimientos. Incluso en el orden material, la sociedad no parece preocuparse de reconocer al catedrático las asignaciones que le permitirían vivir con el necesario decoro. No sin razón, Eugenio D’Ors hablaba cierta vez del deber en que se halla el Estado de velar por la dignidad de las que él llamaba las “jerarquías

inermes de la sociedad”, las que no pueden amenazar con huelgas a la autoridad civil ni suelen gozar de un valimiento directo ante los poderes oficiales.

Pero el texto alfonsino no desconoce que al catedrático deben recordársele, a su vez, ciertos deberes esenciales: *Bien e lealmente deben los Maestros mostrar sus saberes a los Escolares.*

Coincidiendo con esta idea, Mateo Luján, autor de la continuación del “*Guzmán de Alfarache*”, a comienzos del siglo XVII, no habría de escatimar las censuras a los catedráticos que leen a pompa y no a provecho de sus discípulos, y cumplen sólo exteriormente con sus oficios, sin poner afecto caritativo.

Mostrar “bien e lealmente los saberes” quiere decir también, por cierto, no aprovecharse de la situación de superioridad en que el maestro momentáneamente se encuentra.

El viejo código no andaba remiso en recordar a quien fuese sus deberes; más atento a exigir deberes que a conceder derechos, el documento señala al Rector del Estudio, (que ha sido escogido por los escolares) cuáles son sus obligaciones: *debe apremiar e castigar a los escolares que no levanten bandos, nin peleas, con los omes de los logares do fueren los escolares, ni entre sí mismos. E que se guarden en todas guisas, que no fagan deshonna, nin tuerto a ninguno. E defenderles que non anden de noche, mas que finquen sosegados en sus posadas*. — “*Ca los Estudios para que esto fueron establecidos, e non para andar de noche, nin de día armados, trabajándose de pelear, e de fazer otra locura, o maldad, o daño de sí, e estorbo de los lugares do viven.*

Este último texto podría tomarse como una visión anticipada de lo que habría de ser la vida universitaria en la España del siglo XVI, con sus estudiantes siempre dados a pendencias y altercados, cultivadores de una vida rayana en la picaresca, amigos de nocturnas vocinglerías, cumplidores fieles de la letra del “*Gaudeamus*”, de ese hermoso himno estudiantil compuesto anónimamente en el Viejo Estudio de Palencia; ese bello himno, que aún hoy cantan los universitarios europeos, en el que se proclama la eterna historia de los juveniles lances del amor y de la fascinación que la femenil hermosura siempre ejercerá sobre el festivo y turbulento mundo estudiantil de la alegre juventud, y de la achacosa vejez.